



Catalogación en la publicación – Biblioteca Nacional de Colombia

Ariza Navarro, Adolfo, 1962-
Los textos inútiles / Adolfo Ariza Navarro. -- 1a. ed. -- Santa Marta : Universidad del Magdalena, 2018.
178 p. – (Colección dorada de autores del Magdalena)

ISBN 978-958-746-112-1 -- 978-958-746-113-8 (digital)

1. Cuentos colombianos - Siglo XXI I. Título II. Serie

CDD: Co863.5 ed. 23 CO-BoBN– a1018431

Primera edición, 2018

© UNIVERSIDAD DEL MAGDALENA

Editorial Unimagdalena
Carrera 32 No. 22 - 08 / bloque 8 - segundo piso
(57 - 5) 4217940 Ext. 1888
Santa Marta D.T.C.H. - Colombia
editorial@unimagdalena.edu.co

Colección Dorada de Autores del Magdalena

Gobernadora de Magdalena: Rosa Cotes de Zúñiga
Directora Oficina de Cultura Departamental: Matilde Maestre Rivera

Rector: Pablo Vera Salazar
Vicerrector de Investigación: Ernesto Amarú Galvis Lista
Coordinador de Publicaciones y Fomento Editorial: Jorge Enrique Elías-Caro

Diseño de portada y diagramación: Luis Felipe Márquez Lora
Imagen de portada: *Humedal Herido*. Pintura de Ángel Almendrales Viadero, Colombia 2010
Editor literario: Clinton Ramírez C.
Corrección de estilo: Gran Caribe, Pensamiento, Cultura, Literatura

Santa Marta, Colombia, 2018

ISBN: 978-958-746-112-1 (impreso)
ISBN: 978-958-746-113-8 (digital)

Impreso y hecho en Colombia - Printed and made in Colombia
Xpress Estudio Gráfico y Digital S.A.S. - Xpress Kimpres (Bogotá)

El contenido de esta obra está protegido por las leyes y tratados internacionales en materia de Derecho de Autor. Queda prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio impreso o digital conocido o por conocer. Queda prohibida la comunicación pública por cualquier medio, inclusive a través de redes digitales, sin contar con la previa y expresa autorización de la Universidad del Magdalena.

Las opiniones expresadas en esta obra son responsabilidad del autor y no compromete al pensamiento institucional de la Universidad del Magdalena, ni genera responsabilidad frente a terceros.

LOS TEXTOS INÚTILES

ADOLFO ARIZA NAVARRO



Índice

Prólogo.....	7
La carta	11
La apuesta	17
Los hombres hermosos.....	25
El amor de María.....	33
El amenazado	43
El jefe de finanzas	49
El profesor Iriarte o la casa de las llaves	55
El lector de cartas	61
La lista	69
Mensajes en el baño	73
Ella tenía los pechos redondos y grandes como toronjas.....	81
La Empresa.....	87
La casa de la abuela	99
Instrucciones para matar un caballo.....	107
El Búho es una vaca y yo soy un chico de plástico.....	113
El hombre del bar	117
Víctor hablaba con los carros.....	121
El cementerio	133
A Joaco no le dan permiso para salir como a los otros muertos	139
Monólogo del agente Guzmán.....	145
Animador de velorios	153
Las rabias de papá.....	163
El Pájaro	167
Javier.....	173

Prólogo

Los textos inútiles reúne cuentos que giran, en su mayoría, en torno al tema de la violencia paramilitar que se desató a comienzos del siglo XXI en el Caribe colombiano.

Algunos como “La Empresa” o “El cementerio” han sobrevivido a varias destrucciones a lo largo de los años. Otros, han sido reconstruidos en su totalidad. De las antiguas versiones apenas si ha quedado una que otra frase, como es el caso de “A Joaco no lo dejan salir como a los otros muertos”, del que solo sobrevivió el título.

La reelaboración definitiva se realizó a partir del año 2013, cuando los hechos que dieron origen a los cuentos empezaron a enfriarse. Los textos sufrieron un vuelco estructural y narrativo. Haber tomado distancia de los acontecimientos me permitió liberarme del sentimiento de rabia e indefensión que caracterizó las primeras elaboraciones. Rezagos de lo que digo pueden encontrarse en los cuentos antes mencionados y en el poemario *Regresemos a que nos maten amor*, que escribí por la misma época.

Con el paso de los años descubrí que una sociedad alienada y perturbada, como la nuestra, estaba señalada a seguir produciendo periódicamente estremecedores episodios de violencia.

Una segunda revelación pasó por entender que los escritores no estábamos para salvar el mundo, ni para convertirnos en sus augures fatales. Los literatos somos, simplemente, gente inútil que hace cosas inútiles (algunas incómodas, pero siempre inútiles).

¿Qué sentido tiene desgastarse escribiendo admoniciones o advertencias? Nadie las acoge. Al grueso de la gente no le gusta

que le digan cómo hacer sus cosas. Lo que unos ojos no ven por sí mismos, a través de la experiencia, es improbable que vayan a buscarlo en el argumento de un texto literario.

La gente que se especializa en hacer cosas inútiles aprende algo que, generalmente, dejan pasar por alto aquellos que se creen destinados a hacer cosas útiles. Podemos llegar a entender la razón que obliga a los segundos a actuar de la forma en que lo hacen. Es posible que entendamos, por ejemplo, por qué temen, por qué desprecian, o por qué, en ocasiones, terminan asesinando a los que hacen cosas inútiles.

El paso de los años enseña que solo hay dos cosas que saben hacer bien los literatos: imaginar y reír.

Imaginar no parece ser el más práctico de los ejercicios, pero permite afilar una de las grandes herramientas que tiene el hombre para ser feliz: la risa. La risa, como la felicidad o la temperatura, se mide en grados, o en niveles, si lo prefiere el lector. El más alto nivel se consigue cuando el reidor logra convertirse en objeto de su propia risa. La mayoría de la gente no sabe (apenas llega a sospecharlo) que el reidor ríe de sí mismo cuando el mundo ha entrado en él y los dos se han fundido en un único universo.

De modo que los cuentos que empecé a construir debían liberarse del lastre de rabia y dolor que caracterizó a sus antecesores y convertirse en textos reidores, que mostraran sus heridas con ironía. En suma, que copiaran la esencia de la mano que les daba vida: que, siendo labor de obreros inútiles, fueran ellos mismos textos inútiles. Un cuento reidor que se burlara de sí mismo, se burlaría, de paso, de todos los cuentos del libro en que fuese incluido y provocaría, a su vez, la hilaridad del libro, que terminaría riendo no solo de sí mismo, sino de todos los libros que han sido escritos.

Solo hubo un cuento que me faltó por escribir: el de la víctima que ríe de su verdugo. El lector puede imaginarlo fácilmente: en la medida en que el verdugo empieza a desmembrar a la víctima (ahora un corte aquí y luego otro allá), esta empieza a desgañitarse de la risa. Ríe cuando ve caer sus manos, sus brazos, sus piernas, sus orejas, sus amígdalas... Está a punto de sucumbir cuando observa cómo su sangre salpica al verdugo. Nadie puede imaginar lo grotesco que

se ve un verdugo salpicado por la sangre de su víctima. Se muestra implacable. Se ensaña en esa masa amorfa que se burla de sus artes de verdugo. Al final, con el último corte que divide en dos el corazón de la víctima, ésta deja de reír. Entonces, sin entenderlo, cubierto de sangre, victorioso, el verdugo se apropia de la risa. O tal vez sucede al revés. La risa se apropia del verdugo. Lo cierto es que, sin darse cuenta, se siente preso de unas incontenibles ganas de reír. El verdugo descubre así la inutilidad de su acto: él mismo se convierte en su propia víctima.

Barranquilla, El autor

La carta

Empezamos a sacar, a escondidas, mercancía de la tienda de mi hermana. Ayer, unas papas; hoy, unas cebollas; mañana, algo de carne, de pollo o de pescado; en fin, no discriminábamos.

Nuestros hurtos dejaban vacíos evidentes en los armarios de exposición. Realmente dudábamos que mi hermana no se diera por enterada. En una ocasión mi hermano sacó una camada de ratones que habían hecho nido sobre los sombreros y los rollos de papel higiénico. Los sacamos por el alar de la casa y, cuando mi hermana nos sorprendió y nos preguntó qué estábamos haciendo, mi hermano tropezó con una ponchera llena de agua, cayó dentro de ella y se le ahogaron todos los ratones. Digo “todos”, porque, a pesar de la cuenta que él llevaba, en la que, según decía, faltaba una de las crías, esta nunca apareció; todos pensamos que se la había tragado sin querer con el estropicio de la caída porque, tiempo después, cuando empezaron a salirle los bigotes, eran malos, largos y rectos, como rayos de bicicleta: como son los bigotes de los ratones.

Nosotros teníamos una respuesta preparada para el día en que mi hermana nos sorprendiera sacando cosas de su negocio, de modo que nos importaba muy poco que se diera cuenta. Estaban matando a los tenderos de la región y una de las pocas que quedaba con vida era mi hermana. Pero lo peor no era que los mataran. Lo verdaderamente terrible era que los asesinos llegaban en un tractor con una enorme carraca y cargaban con toda la mercancía que encontraban en sus tiendas. Así que pensamos: cuando los hombres lleguen por nuestra hermana es mejor que no encuentren muchas cosas que llevar,

porque sería una lástima que alguien distinto a nosotros, que somos sus familiares, disfrutara de lo que ella tanto ha trabajado.

De tal manera que no dejamos de asombrarnos cuando nos dijeron que nuestra hermana tenía que marcharse del pueblo por que la habían amenazado.

—Es imposible —le dije a mi hermano.

—¿Por qué?

—Porque a los tenderos nunca los amenazan. A los tenderos los matan y listo.

Mi hermana había encontrado una carta debajo del mostrador de su negocio donde le anunciaban que tenía exactamente veinticuatro horas para salir del pueblo; de lo contrario sería declarada objetivo militar de un grupo armado que decía pertenecer a la guerrilla. El problema, según pudimos colegir de la lectura de la carta, no era el mismo que había causado la muerte otros tenderos, a quienes se acusaba de vender provisiones (precisamente) a la guerrilla, sino que mi hermana hablaba demasiado.

No dejamos de concederles la razón a los autores de la carta. Ya nosotros lo habíamos advertido. Cuando mi hermana empezaba a hablar no había quien la parara. Muchas veces se equivocaba en las cuentas que llevaba por estar distraída hablando. La gente que la conocía iba a la tienda más con el afán de conversar con ella, que de comprar. Solo hasta cuando la conversación iba lo bastante avanzada, recordaban lo que habían ido a buscar y mi hermana los despachaba, pero todavía, luego de ser despachados, seguían hablando hasta que se les olvidaba que tenían que ir a cocinar; hasta que se les pasaba el hambre y ya no creían necesario utilizar lo comprado. Vivían agradecidos con mi hermana porque las cosas que compraban para preparar hoy les servían para cocinar el día de mañana. Si alguien no tenía para comprar comida y se sentía acosado por el hambre, solo tenía que ir a conversar a la tienda de mi hermana. Con seguridad, allí se le pasaba.

Cuando mi hermana estaba distraída hablando en el mostrador, nosotros aprovechábamos para sacar cosas de la tienda. Podíamos sustraer una caja de tomates o un bulto de arroz y pasarlo en frente de sus narices; estábamos seguros, ella no se percataba.

Mi hermana era religiosa (pertenecía a una secta protestante), pero no tenía un tema especial sobre el cual empezar a hablar. Es decir, no solamente hablaba del demonio y del dios en que creía, sino que también podía hablar de la vida, de la muerte o de la cura de cualquier clase de enfermedad. De haberlo querido, mi hermana hubiera hecho de su tienda una iglesia o un consultorio y nosotros estábamos convencidos de que ningún otro médico o que ninguna otra religión hubieran ganado más adeptos. Mi hermana hablaba por la misma razón por la que hablamos todos: tenía la información necesaria. Hablaba porque sabía. Su tienda era el lugar donde iba a parar toda la información de las cosas que pasaban en el pueblo. Las tiendas de los pueblos son como los bancos en las ciudades. Tienen toda la información necesaria sobre sus clientes. Además de conocer su dieta alimenticia diaria, sus dueños saben quiénes trabajan y quiénes no, quiénes están endeudados y a quiénes no les alcanza la plata. Mi hermana no mentía cuando aseguraba que en las últimas semanas había notado grandes sumas de dinero circulando por las calles, que se palpaba un ambiente de prosperidad inexplicable. No podía entender cómo familias que hasta ayer no tenían un céntimo para comprar con qué alimentarse, sin haber cambiado de actividad económica, vaciaban su tienda de abarrotes. Se abastecían de tal manera que uno llegaba a pensar que se habían hecho a la obligación de mantener un ejército. Lo más sorprendente era que había gente, que ella sabía que no trabajaba, manejando dinero en efectivo. Todo esto lo comentaba mi hermana, sin reparar a veces en la presencia de extraños en su tienda de abarrotes.

Mi hermana llegó a decir que la muchacha que le ayudaba en el aseo de la casa estaba en complicidad con los autores de la carta, pues había sido ella quien la encontrara, sospechosamente, mientras barría. Le había dicho: “Madrina (mi hermana era su madrina de bautismo), mire lo que hay debajo del mostrador”. Revisamos la carta. Estaba escrita en una hoja de cuaderno, de papel burdo y rayado, de las mismas que utilizan los escolares en zonas rurales. Apenas si se podía leer, dada la horrorosa caligrafía y la cantidad de errores gramaticales. Parecía escrita realmente por alguien que no hubiera cursado más allá del tercero de primaria. Mi madre, que